



PAZ Y BIEN

XVI Domingo durante el año

19-VII- 2026



*"...vino su enemigo,
sembró cizaña en medio
del trigo y se fue*

XVI Domingo durante el año

19–VII– 2026

Textos:

Sab.: 12, 13. 16-19.

Rom.: 8, 26-27.

Mt.: 13, 24-30.

"...vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue"

Como el domingo pasado, hoy el Señor vuelve a utilizar la figura del sembrador en la parábola del trigo y la cizaña.

Esta parábola que Jesús nos propone, es como un compendio de las demás. *"Su tema es el misterio de la Iglesia, considerada en su origen, a partir de Cristo, el Supremo sembrador; en su transcurso, con la lucha intestina entre el bien y el mal, y la misteriosa paciencia de Dios"* (P. A. Sáenz).

Los elementos de la parábola son: el Sembrador, el Campo, la Semilla, el Enemigo y la Cizaña.

El que siembra la buena semilla es el Señor, que nos revela con mucha claridad que Él mismo es el protagonista que sembró la semilla del Evangelio, con paciencia e infinito amor, en orden a obtener una buena cosecha de trigo. En realidad Él es el único sembrador, nosotros sólo somos boca y manos de Jesús.

El campo es el mundo y a juicio de San Irineo, el mundo del que aquí se habla, simbolizado por el campo, es primordialmente el hombre mismo, el hombre en su totalidad.

La buena semilla es la doctrina evangélica sembrada en el corazón de los fieles.

El texto continúa afirmando que, *"mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue"*.

El Evangelio dice que el enemigo *"sembró encima la cizaña en medio del trigo"*. Lo que significa que Cristo sembró primero. Sólo después el adversario sembró la cizaña. San Juan Crisóstomo nos dice que *"miremos la malicia del demonio. No se fue a sembrar antes en el campo, pues no había nada que echar a perder; cuando todas las labores estaban*

completadas, entonces es cuando él va a dañar todo el trabajo y el afán del labrador. El error viene después de la verdad” (Hom. sobre el Evangelio de san Mateo. 46, 1).

¿Por qué el enemigo sembró cizaña y no cardos o abrojos? La cizaña está más cerca del engaño y de la simulación pues al brotar es muy parecida a la planta del trigo con la que fácilmente se confunde. Las diferencias sólo aparecen cuando se forma la espiga, sólo por el fruto se distinguen. De esta manera el demonio mezcla el error con la verdad, y muchas veces la mentira o la doctrina perversa intenta disfrazarse de verdad.

La cizaña, símbolo del error y la mentira, se siembra y se sigue sembrando, e intenta ahogar verdades fundamentales sobre el hombre y la mujer, sobre el matrimonio y la familia. La cizaña del error intenta confundir sobre el derecho a la vida desde el seno materno.

Lo grave es que hoy se intenta, por medio de planes de educación, sembrar la cizaña de la mentira en el corazón de los más pequeños, mediante contenidos mentirosos sobre la sexualidad humana, en el plan de educación sexual integral. Nuestros colegios de gestión pública han pasado de ser lugares de excelencia donde se educaba y disciplinaba la inteligencia y la voluntad de nuestros niños, y a transmitir los valores humanos y cristianos, a ser comedores y lugares de contención, y hoy, con el señorío de la mentira, se intenta corromper la inteligencia y el corazón de los chicos. “*La mentira nunca es inocente*” (A. Camus, *Calígula*, X), y destruye la inocencia

Así, diabólicamente, se mezcla el error y la mentira con la verdad, de modo que, bajo la máscara bien maquillada de la verosimilitud, el error puede parecer verdad y puede fácilmente sorprender y engañar a aquellos que no saben resistir la seducción, o no comprenden la trampa.

La parábola también dice que el enemigo vino cuando todos dormían. En este dormir de los responsables de lo sembrado, tanto san Jerónimo como san Agustín ven significada la negligencia y el descuido de los obispos y pastores de la Iglesia. Aprovechando dicha desidia, los enemigos de la verdad siembran la cizaña de la mentira y del error. San Jerónimo exhorta: “*No duerma, pues, aquel que ha sido puesto a la cabeza de una Iglesia, no sea que, aprovechándose de su negligencia, el hombre enemigo venga enseguida a sembrar la cizaña, es decir, el error*” (Comment. in Mt. Lib. II, 37).

Pero no sólo deben velar y vigilar los Pastores, también tienen que hacerlo los padres que deben evitar que en el campo del corazón de sus hijos

se siembre la cizaña del error y la mentira. Recordemos lo que la *Carta a Diogneto* (S. II-III) afirma sobre los cristianos que “*no nos distinguimos de los demás hombres y mujeres ni por nuestra tierra [natal] ni por nuestro idioma. Contraemos matrimonios como todos. Criamos a los hijos; más no los echamos a perder*” (V. 1, 6).

Hermanos, en este tiempo en el que como pocas veces, la cizaña crece confundiéndose con el trigo, un tiempo en que los inmorales nos han igualado, en el que unos viven en la impostura y otros roban en la ambición (Discépolo, *Cambalache*, ¡1935!). Esta es la sabiduría de este mundo: “*ocultar con artificios lo que siente el corazón, velar con la palabra lo que uno piensa, presentar lo falso como verdadero y lo verdadero como falso*” (San Gregorio Magno, “*De los libros de las Morales*”).

La cizaña da como fruto la corrupción moral. Así en el campo sembrado con el trigo con la cizaña, se “*construyen*”, al decir de S. Agustín, dos “*ciudades*”: por un lado, el amor a Dios y al prójimo, por otro, únicamente el amor a sí mismo. “*Dos amores dan origen a dos ciudades: el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial*” (S. Agustín, “*La ciudad de Dios*, XIV, 28”). Una ciudad es fruto de la cizaña y la otra, del trigo.

El Señor manifiesta que el enemigo de la verdad sembró la cizaña sobre los hombres que dormían. Hoy nosotros no podemos darnos el lujo de dormirnos, pues “*la ruina puede derivar del sueño; por eso estamos obligados a una vigilancia continua*” (San Juan Crisóstomo. op. cit.).

Al descubrir que la cizaña creció junto al trigo, los peones le preguntan al dueño: “*¿Quieres que vayamos a arrancarla? No, les dijo el dueño, porque al arrancar la cizaña, corren el peligro de arrancar también el trigo. Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha*”. Así se manifiesta la paciencia de Dios, “*porque hay muchos que al principio son cizaña y después se hacen trigo. Si a éstos no se los sufre con paciencia cuando son malos, no se consigue el que cambien de costumbres; y si fuesen arrancados en ese estado, se arrancaría lo que con el tiempo y el perdón hubiera sido trigo*” (San Agustín, *quaestiones evangeliorum*, 12).

En estos tiempos de “*patológica*” intolerancia, Jesús nos enseña que los buenos deben tolerar a los malos; los malos deben tratar de cambiar e imitar a los buenos (cfr. san Agustín, S. 73, 1. 3-4).

El Señor sabe que “*puede suceder que quien hoy ha sido corrompido por una doctrina perniciosa, mañana se corrija y comience a defender la*

verdad” (San Jerónimo, *Comentario al Ev. de Mateo*, 2, 13, 29-30). Y tenemos un claro ejemplo en San Agustín.

Hermanos, sólo Dios sabe quiénes son realmente buenos, aunque a los ojos de los demás aparezcan como malos, y quiénes son en realidad malos, aunque se los considere buenos. Jesús nos exhorta: “*¡Sé tolerante! Porque tal vez alguien debe ser tolerante contigo. Si siempre has sido bueno, ten misericordia; y si alguna vez has sido malo, no lo olvides*” (San Agustín, S. 74, 6).

La victoria de la verdad no humilla a nadie sino que honra a todos: “*ubi victoria, veritas*” (*De civ. Dei* 2, 29, 2).

Que el buen Dios nos de la gracia de la bondad, para ser tolerantes, de ser veraces y pacientes frente a la mentira y así poder vivir según lo que Él nos enseña: **que el trigo tolere la cizaña y que la cizaña se transforme en trigo.**

Amén.

G. in D.